

MIKA WALTARI

S.P.Q.R.

El senador de Roma

Traducción de Eero Aulis Lankinen



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Ihmiskunnan viholliset*

Diseño de la cubierta: Ripoll Arias/Mercedes Galve

Primera edición impresa: febrero de 1997
Primera edición en e-book: noviembre de 2022

© 1979 The Weirs of Mika Waltari
© de la traducción: Eero Aulis Lankinen
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-818-7

Depósito legal: B-1.298-1997

Producido en España

Desterró de Roma a los judíos que, instigados por Khrestus, provocaron continuos disturbios.

SUETONIO. *Biografías de los emperadores de Roma. Claudio.*

De joven, en el período de sus primeros cinco años de gobierno, fue tan grande en todos los sentidos que Trajano asegura muchas veces con razón que todos los aciertos de los demás emperadores son una pálida réplica en comparación con los del lustro de Nerón.

AURELIO VÍCTOR: *De los emperadores*, 5.

ÍNDICE

Tomo I MINUTO

- Libro Primero: Antioquía 11
- Libro Segundo: Roma 55
- Libro Tercero: Britania 173
- Libro Cuarto: Claudia 227
- Libro Quinto: Corinto 288
- Libro Sexto: Sabina 365
- Libro Séptimo: Agripina 427

Tomo II MI HIJO JULIO

- Libro Octavo: Popea 511
 - Libro Noveno: Tigelino 584
 - Libro Décimo: Los testigos 655
 - Libro Undécimo: Antonia 710
 - Libro Decimosegundo: El delator 766
 - Libro Decimotercero: Nerón 823
 - Libro Decimocuarto: Vespasiano 897
- Epílogo 949

TOMO I
MINUTO

LIBRO PRIMERO

ANTIOQUÍA

El veterano Barbus me salvó la vida cuando yo contaba siete años. Aún recuerdo perfectamente cómo logré burlar la vigilancia de mi nodriza Sofronia para poder llegar hasta la orilla del río Orontes. La impetuosa corriente era tentadora y me incliné en el embarcadero para observar los remolinos del agua. Barbus se acercó y me preguntó amablemente:

—¿Quieres aprender a nadar, muchacho?

Le respondí que sí. Entonces lanzó una rápida mirada a su alrededor, me cogió por la nuca y por entre las piernas, y me arrojó con fuerza al río. Después, profirió un potente grito, invocó a Hércules y a Júpiter vencedor de Roma, tiró sobre el embarcadero su capa andrajosa y se zambulló en el río, detrás de mí.

Alarmada por el grito, la gente corrió a reunirse en el lugar del suceso. Todos vieron y declararon luego al unísono cómo Barbus, con riesgo de su propia vida, me salvó del río, me trajo a la ribera, me hizo rodar en el suelo y consiguió hacerme vomitar el agua que había tragado. Al llegar Sofronia llorando desconsoladamente y tirándose de los cabellos, Barbus me cogió en sus fuertes brazos y me llevó hasta casa, a pesar de la resistencia que le opuse por la repugnancia que me producía su astrosa ropa y su aliento que apestaba a vino.

Mi padre no me quería, pero al verme sano y salvo obsequió con vino a Barbus y creyó su explicación de que me había resbalado en la orilla y que por ese motivo caí al río. No contradije su relato porque había aprendido a permanecer callado en presencia de mi padre. Al contrario, me

quedé fascinado escuchándole contar detalladamente cómo en sus tiempos de legionario había nadado, tanto a través del Danubio como del Rin, y además del Éufrates, con todo el armamento auestas. Mi padre también bebió vino para recobrase del susto y se entusiasmó al revelar como, siendo estudiante de la Escuela de Filosofía de Rodas, en cumplimiento de una apuesta había nadado desde la isla hasta el continente. Él y Barbus decidieron unánimemente que ya era hora de que yo aprendiese a nadar. Mi padre le dio ropas nuevas a Barbus, de modo que éste, al ponérselas, tuvo la oportunidad de enseñar numerosas cicatrices. Las peores las tenía en la espalda, dijo que se las habían hecho en Armenia cuando estuvo cautivo de los partos, que lo azotaron antes de intentar crucificarlo a la usanza romana. Afortunadamente, sus fieles camaradas de guerra lo habían salvado en el último momento llevando a cabo un ataque por sorpresa.

A partir de entonces Barbus se quedó en nuestra casa y comenzó a tratar a mi padre como si éste fuera su amo. Me acompañaba a la escuela e iba a buscarme para volver al hogar, cuando no estaba borracho en demasía. Ante todo, hizo de mí un romano, pues él había nacido y se había criado en Roma y había servido treinta años en la 15.^a legión. De esto se aseguró muy bien mi padre, pues aunque era hombre distraído e introvertido, no por ello era estúpido y nunca hubiera tenido en su casa un legionario desertor.

Gracias a Barbus aprendí a nadar y, además, a montar a caballo. Por su intervención, mi padre me compró uno para que pudiera ingresar, cuando cumplí los catorce años, en la orden ecuestre de los jóvenes de Antioquía. Por cierto que el emperador Cayo Calígula había borrado personalmente el nombre de mi padre de la lista de caballeros de Roma, pero en Antioquía esto resultó para mi padre más un honor que una vergüenza, puesto que allá se recordaba bien lo ruin que ya desde pequeño había sido Calígula. Después lo ase-

sinaron en Roma, en el gran circo, cuando intentaba nombrar cónsul a su caballo favorito.

Años antes, aun en contra de su propia voluntad, mi padre había logrado tanta influencia en Antioquía que, con gusto, habría sido aceptado en la comisión de recepción de la ciudad, que estaba encargada de felicitar al emperador Claudio con motivo de su ascensión al poder. Entonces, al mismo tiempo, es seguro que le hubiera sido reintegrado su rango de caballero. Pero mi padre se negó rotundamente a ir a Roma. Sin embargo, más tarde quedó demostrado que tenía sobradas razones para ello. Por esto él afirmaba que sólo deseaba ser un hombre pacífico y humilde y que no echaba de menos la condición de caballero romano.

De la misma manera casual que llegó Barbus a nuestra casa, así creció la fortuna de mi padre. Acostumbraba decir con amargura que la suerte no le era propicia, pues al nacer yo, había perdido la única mujer que verdaderamente había amado. Ya en Damasco adquirió el hábito de ir al mercado el aniversario de la muerte de mi madre y comprar un esclavo de baja condición. Después de tenerlo algún tiempo en casa y de alimentarlo y cuidarlo solícitamente, mi padre se presentaba ante las autoridades, pagaba el derecho de manumisión y lo dejaba en libertad. A sus libertos les permitía usar el nombre Marcio, no Maniliano, y les entregaba la suficiente cantidad de dinero para que cada uno de ellos pudiera practicar el oficio que había aprendido. De este modo, uno de ellos se convirtió en el sedero Marcio y otro en el pescador Marcio. Marcio el peluquero ganó una fortuna al poner de moda las pelucas de mujeres, pero el que más se enriqueció fue Marcio el minero, que obligó a mi padre a comprar una abandonada mina de cobre, en Cilicia.

Mi padre se lamentaba con frecuencia del hecho de que bastaba que hiciera una pequeña obra de caridad para que le produjese un beneficio y le proporcionara más reputación. Sin embargo, creo que, manteniéndolo en secreto, distri-

buía diversas clases de ayudas tanto a los útiles como a los inútiles, y en todo sentido era más generoso con respecto a los extraños que con respecto a mí, su propio hijo.

Después de siete años de residencia en Damasco, se estableció en Antioquía, donde, como hombre imparcial y versado en lenguas que era, actuó de consejero del procónsul, especializándose en asuntos judíos, en los que se había iniciado en sus viajes por Judea y Galilea. Como hombre de carácter blando y apacible, proponía siempre soluciones conciliatorias en vez de medidas drásticas. De esta manera obtuvo el favor de los habitantes de Antioquía. Perdido su rango de caballero, después de algún tiempo fue elegido para el Concejo de la ciudad, desde luego no por su energía ni por su fuerza de voluntad, sino porque cada uno de los partidos creía poder aprovecharse de él.

Cuando Calígula exigió la erección de su estatua divina en el templo de Jerusalén y en las sinagogas de todas las provincias, mi padre comprendió perfectamente que una medida de esta índole conduciría a una rebelión armada y aconsejó a los judíos que ganaran tiempo en vez de llevar a cabo vanas y desagradables protestas. Así, los judíos de Antioquía dieron a entender al Senado de Roma que deseaban costear por sí mismos las estatuas, dignas del emperador Cayo, para sus sinagogas, pero sucedió que mientras eran esculpidas sufrían daños o su colocación prematura impedía el vaticinio de los males. Cuando el emperador Cayo fue asesinado, mi padre logró un gran prestigio por su visión del futuro. Sin embargo, no creo que supiera que se preparaba aquel asesinato. Estoy convencido de que solamente deseaba ganar tiempo, como de costumbre, con el fin de evitar los tumultos judíos que tanto hubieran perjudicado los intereses comerciales de la ciudad.

Pero mi padre sabía ser obstinado también. Como miembro del Concejo, se negó rotundamente a costear fieras ni combates de gladiadores, y hasta se opuso a que se organiza-

ran representaciones teatrales. Sin embargo, por recomendación de sus libertos, hizo construir en la ciudad un pórtico que llevó su nombre. De las tiendas de aquel pórtico obtuvo tan abundantes rentas que también aquella empresa le produjo, además de fama, beneficios económicos.

Los libertos no podían comprender por qué mi padre me miraba con desagrado y deseaba que me adaptase a su propio y sencillo estilo de vida. Competían en darme dinero para mis necesidades, me obsequiaban con hermosas ropas, engalanaban mi montura y las bridas de mi caballo y trataban de ocultar de la mejor manera posible mis actos licenciosos. Joven e insensato, yo tenía el prurito de sobresalir en todo y de querer ser superior a los jóvenes más distinguidos de la ciudad. Los libertos estimaban, con cierta estrechez de miras, que esta circunstancia elevaba su propia condición a la vez que aumentaba el prestigio de mi padre.

Por la intervención de Barbus mi padre comprendió que el conocimiento del latín era indispensable para mí. El rudimentario latín de legionario de Barbus no bastaba y me hizo leer a Virgilio y los libros de historia de Tito Livio. Noche tras noche, Barbus me hablaba de las colinas de Roma, de sus curiosidades y sus tradiciones, de sus dioses y sus generales, de tal modo que un febril deseo de ir a la gran ciudad invadió mi espíritu. Ciertamente que yo no era sirio, sino un romano nativo, del linaje de Manilio y de Mecenas, a pesar de que mi madre era griega. Es evidente que no descuidé el aprendizaje del griego, pues a los quince años ya conocía varios poetas. Durante dos años mi preceptor fue Timaios de Rodas, que había sido comprado por mi madre después de los desórdenes de Rodas y que lo hubiese manumitido, pero éste se opuso a ello con acritud, manifestando que entre esclavo y libre no hay ninguna diferencia real porque la libertad se halla en el mismo corazón del hombre.

El amargado Timaios me enseñó filosofía estoica como complemento de los poetas que yo ya conocía. Menospre-

ciaba mis estudios de latín porque, a su juicio, los romanos eran bárbaros y le guardaba rencor a Roma por el despojo que había hecho de la tradicional libertad de Rodas. Rodas era, en resumidas cuentas, un Estado independiente y libre de impuestos en mérito a la fama que habían alcanzado sus escuelas de filosofía, hasta que sus conductores, descaradamente, crucificaron a dos ciudadanos romanos sobrepasando así la tolerancia del Senado.

Yo no prestaba mucha atención a la filosofía de Timaios, puesto que él mismo no seguía al pie de la letra sus propias enseñanzas, sino que disfrutaba de la buena comida y de un lecho confortable y obtenía en casa de mi padre mayores beneficios como esclavo que los que habría obtenido como sofista libre en Rodas. No era ni siquiera un filósofo renombrado.

En los juegos hípicos éramos una decena de jóvenes participantes los que competíamos en llevar a cabo actos temerarios y bromas licenciosas. Habíamos fundado una hermandad y hacíamos ofrendas a un árbol. Una vez decidimos, de vuelta de los ejercicios, cruzar la ciudad a galope. Cada uno tenía la obligación de arrebatarse una guirnalda colgada a la puerta de alguna tienda. Yo, por error, había cogido una confeccionada con hojas de encina de color negro, colgada en señal de duelo. Aunque mi intención sólo había sido irritar a los comerciantes, debería haber interpretado este hecho como un mal presagio, y en el fondo hasta lo temía, pero colgué la guirnalda en nuestro árbol sagrado.

Todo el que conoce Antioquía puede comprender el desorden que provocaron nuestras chanzas, pero, como es natural, los guardadores del orden no consiguieron aprehendernos. A pesar de ello, tuvimos que confesar nuestra culpabilidad, ya que de lo contrario el castigo habría afectado a todos los participantes de los juegos hípicos. Salimos del paso pagando una multa, puesto que los jueces no querían disgustar a nuestros padres. Después de estos acontecimientos, nos con-

formamos con dar rienda suelta a nuestras turbulencias en las afueras de la ciudad.

En la orilla del río una vez vimos un grupo de muchachas atareadas en algo misterioso. Creímos que se trataba de unas campesinas y se nos ocurrió raptarlas de la misma manera que los antiguos romanos habían raptado a las sabinas. Conté a mis compañeros la historia, que les divirtió mucho. Así, cabalgamos en bandada hasta la ribera y cada uno de nosotros arrebató de un tirón la muchacha que más próxima se encontraba y la acomodó en la parte delantera de la montura. Sin embargo, fue más fácil decirlo que hacerlo, pues era ardua tarea mantener sobre la cabalgadura a una muchacha que chillaba y se debatía con denuedo. Personalmente, no sabía qué hacer con la muchacha, pero le hice cosquillas para conseguir que se riera y después de hacerle entender, a mi juicio lo más claramente posible, que estaba bajo mi completo dominio, volví al lugar donde las habíamos encontrado y la dejé en libertad. Mis compañeros hicieron lo mismo. Cuando nos retirábamos, las muchachas nos arrojaron piedras. Negros presentimientos cruzaron mi mente, pues cuando tuve a aquella chica en mis brazos, en la cabalgadura, descubrí que no era una campesina.

En realidad, las muchachas eran de buena familia y habían ido en peregrinación desde la ciudad a la orilla del río para purificarse y cumplir con ciertos ritos exigidos para la madurez sexual. Deberíamos habernos dado cuenta de ello por las cintas de colores que, como advertencia, habían colgado de los arbustos. Pero ninguno de nosotros sabía nada de las ceremonias secretas de las jóvenes impúberes.

Quizás ellas mismas hubieran mantenido en secreto el suceso, pero iban acompañadas por una sacerdotisa, y ésta, por celo profesional, creyó que nos habíamos propuesto cometer un sacrilegio. De mi ocurrencia resultó, pues, un terrible escándalo. Hasta se llegó a exponer la idea de que, como reparación, debíamos contraer matrimonio con las mucha-

chas cuya castidad habíamos ofendido en los momentos de mayor recato del sacrificio. Por suerte, ninguno de nosotros vestía aún la toga viril.

Mi preceptor Timaios se enfureció tanto que me golpeó con un palo, aunque no era más que un esclavo. Barbus le quitó el palo por la fuerza y me aconsejó que huyese de la ciudad. Era hombre supersticioso y temía también a los dioses de Siria. Timaios no temía a los dioses, pues no los consideraba más que como imágenes, pero estimó que mi conducta ocasionaría su deshonra como maestro. Lo peor era que el asunto ya no podía ocultarse a mi padre.

Yo era un insensato, pero sensible. Al darme cuenta del horror y la consternación de los demás, comencé a juzgar nuestro acto como algo peor de lo que en realidad era. Timaios, como hombre viejo y como estoico, debería haber conservado su sangre fría y más bien infundirme aliento ante las pruebas a que me sometía el destino, en vez de abatir mi espíritu. Pero puso de relieve su verdadera calaña y dio rienda suelta a toda su amargura al dirigirme la palabra.

—¿Qué es lo que crees ser, vanidoso y antipático fanfarrrón? Por culpa tuya tu padre te dio el nombre de Minuto, insignificante. Tu madre no era más que una frívola muchachuela griega, bailarina, y para el colmo de males, tal vez esclava. He ahí tu origen. En una forma absolutamente legítima, no arbitraria, el emperador Cayo borró el nombre de tu padre de la lista de caballeros, ya que había sido desterrado de Judea en tiempos de Poncio Pilato por haber tomado parte en las supersticiosas creencias de los judíos. Ni siquiera es un verdadero Manilio, sino solamente un Maniliano adoptivo. En Roma se procuró una fortuna por medio de un testamento ignominioso y provocó un escándalo al contraer matrimonio con semejante mujer, por lo cual ya no podrá volver nunca a Roma. No eres nada, pues, y te volverás aún más insignificante, hijo indecente de padre avarento.

Habría hablado más si yo no le hubiese dado un golpe en plena boca. En seguida me horroricé de mi acción, porque no es correcto que el discípulo pegue a su preceptor, aunque éste sea un esclavo. Pero él me había golpeado primero con el palo y yo no podía permitir que ofendiera la memoria de mi madre, aunque nunca la hubiese conocido. En cuanto a lo que aseguraba de mi padre, pensé que decía todas aquellas mentiras de él solamente porque le tenía inquina.

Satisfecho, Timaios se limpió la sangre de la boca, sonrió con malicia y dijo:

—Gracias, Minuto, hijo mío por esta marca. El árbol que nace torcido no puede crecer recto, y de la ruindad no nace la nobleza. Sabe también que tu padre bebe sangre con los judíos y rinde culto en su habitación a la copa de la Fortuna. Por otros medios nadie puede progresar ni enriquecerse como él, sin méritos propios. Pero ya estoy harto de él y de ti y de este turbulento mundo donde la injusticia vence a la justicia y la sabiduría permanece incommovible en los umbrales del reino de la insolencia.

No presté atención a sus palabras porque en la situación angustiada en que me hallaba ya tenía suficiente para pensar. El ciego deseo de demostrar con algún acto heroico que yo no era un ser insignificante embargó mi espíritu. Pensé que al mismo tiempo serviría para reparar mi mala acción. Con mis cofrades me acordé de lo que me habían dicho del león que a media jornada de la ciudad había devastado ganado y al que la gente se preparaba a dar caza. Era por demás extraño que un león se atreviese a llegar hasta tan cerca de la capital, y de ello se hablaba mucho en la ciudad. Se me ocurrió que si pudiéramos cogerlo vivo y regalarlo al anfiteatro de la ciudad, obtendríamos una reparación de nuestra conducta y una reputación de héroes.

Esta idea era tan insensata que sólo podía encontrar una base en la aflicción de un niño de quince años herido en el corazón, pero lo más raro era que Barbus, embriagado ya al

declinar el día, consideraba el plan como excelente. De todos modos, le hubiese sido difícil rechazarlo después de haberle hablado tanto de mis hechos heroicos. Él mismo, en innumerables ocasiones, había cazado leones con la red, en compañía de los legionarios, con el fin de complementar con otros ingresos su mísera paga de soldado.

Teníamos que abandonar la ciudad sin perder tiempo, puesto que los guardias se pondrían en seguida en camino para detenerme. Desde luego, estaba seguro de que se nos quitarían los caballos por un tiempo indeterminado. Pude encontrar solamente a seis de mis compañeros, pues los otros tres fueron lo suficientemente inteligentes para explicarles a sus padres el funesto suceso, por lo que éstos los alejaron rápidamente de la ciudad.

Mis compañeros, aunque un poco asustados, se entusiasmaron tanto con mi idea que pronto comenzamos a jactarnos de ella. Sacamos en secreto nuestros caballos de las cuadras y nos fuimos hacia las afueras de la ciudad. Mientras tanto, Barbus se agenció una bolsa de monedas de plata de Marcio el sedero, fue al anfiteatro y por medio de sobornos logró que nos acompañase un experimentado cazador de fieras. Cargaron el carro hasta el tope con redes, armas y pieles, y se unieron a nosotros en las afueras de la ciudad, junto a nuestro árbol sagrado. Barbus había traído también carne, pan y dos grandes cántaros de vino. El vino me devolvió el apetito, pues en realidad había estado tan asustado y abatido que no hubiese podido probar bocado.

Cuando nos pusimos en marcha, Barbus y el domador de fieras nos infundieron ánimos contándonos los métodos que se empleaban en diferentes países para cazar leones. Los describieron con tanta sencillez que, entusiasmado por los efectos del vino, comencé a advertir a nuestros acompañantes que no debían intervenir demasiado en la caza, sino dejarnos este honor a nosotros por entero. Prometieron servicialmente que lo harían así y aseguraron que nos ayudarían solamente con

sus consejos y con su experiencia y que con toda discreción nos dejarían el campo libre. Con mis propios ojos había visto en el anfiteatro con cuánta destreza unos hombres apresan en la red a un león y lo fácilmente que un hombre armado con dos lanzas puede darle muerte.

Al amanecer llegamos a la aldea de la cual ya nos habían hablado. Sus habitantes estaban encendiendo las fogatas para preparar sus alimentos. Los rumores habían sido inexactos, pues la aldea no se encontraba ni de lejos ni de cerca dominada por el terror. Por el contrario, estaba muy orgullosa de su fiera. En aquellos lugares nunca había habido leones. La fiera vivía en un precipicio cercano y con sus pisadas se había abierto un sendero a la orilla del arroyo. La noche anterior se había comido a una cabra que los aldeanos habían atado a un árbol junto al sendero con el fin de que no diese muerte a ganado de más valor. No había perseguido a las personas ni una sola vez. Al contrario, cuando abandonaba el precipicio anunciaba su presencia con dos sordos rugidos. Ni siquiera era exigente, pues se conformaba con comer, a falta de algo mejor, cualquier carroña, cuando los chacales no se le adelantaban. Por su parte, los aldeanos habían construido una jaula sólida de madera en la que el león sería transportado a Antioquía para ser vendido allí. El león cazado con red debe ser atado tan fuertemente que sus patas sufrirían daño si no se le metiera de prisa en la jaula y se le librara de las ligaduras.

Al tener conocimiento de nuestras intenciones, los aldeanos no se entusiasmaron ni poco ni mucho, pero por suerte aún no habían tenido tiempo de vender el león y al percatarse de nuestro interés nos apremiaron tanto que Barbus se vio obligado a pagarles dos mil sestercios por la fiera. Incluida en el mismo precio prometieron entregarnos la jaula que habían construido. Cuando la transacción había sido acordada y el dinero estaba contado, Barbus comenzó a temblar de frío y propuso que nos fuésemos a dormir y que dejáramos

mos la caza del león para el día siguiente. Así, la población de Antioquía tendría tiempo de tranquilizarse por el escándalo que habíamos provocado. Pero el cazador de fieras observó juiciosamente que precisamente en aquel momento, en las horas de la mañana, debía ahuyentarse al león de su guarida, pues ya había comido y sus movimientos eran poco ágiles y se hallaba amodorrado por el sueño.

Así, pues, él y Barbus se cubrieron con las pieles y, guiados por los hombres de la aldea, cabalgamos todos hasta la ladera de la montaña. Nos indicaron el sendero y el lugar al que iba a beber el león, las huellas de unas grandes patas y un montón de estiércol reciente. Hasta pudimos percibir el olor de la fiera. Nuestras cabalgaduras se inquietaron. Al acercarnos lentamente hacia el precipicio, el hedor de la carroña se fue haciendo cada vez más intenso. Los caballos temblaban y abrían mucho los ojos y, finalmente, se resistieron a adelantar un solo paso. Nos sorprendimos mucho de esto porque estaban acostumbrados a las trompetas y a la estridencia de los instrumentos musicales. En el campo de instrucción incluso habíamos corrido con ellos por entre las llamas.

Aunque no pensamos nada de antemano, se nos ocurrió sin embargo que montados estaríamos al menos protegidos de algún modo cuando el león atacara. Pero los caballos estaban tan asustados sólo por su olor que tuvimos que desmontar y apartarlos del lugar.

Indecisos, fuimos acercándonos a pie hacia el precipicio, hasta que pudimos oír el sordo ronquido de la fiera. Roncaba de un modo tan fuerte que la tierra temblaba bajo nuestros pies. Después pensé que podrían ser nuestras piernas las que temblaban al aproximarnos por primera vez en nuestra vida a la guarida de un león.

Los aldeanos no le temían en absoluto y nos aseguraron que dormiría sin interrupción hasta entrada la noche. Estaban habituados a sus costumbres. Afirmaron también que lo

habían hecho engordar tanto que se había vuelto holgazán y que nuestro mayor problema sería despertarlo y hacerlo salir de su cueva.

Habíase abierto un ancho sendero por entre los arbustos. Las paredes del precipicio eran tan altas y escarpadas que Barbus y el cazador de fieras tuvieron que encaramarse en unos refugios a los dos lados del mismo para ayudarnos desde allí con sus consejos. Nos indicaban cómo debíamos extender la pesada red de cuerdas en el acceso a la guarida, de manera que seis de nosotros la sostuviéramos, tres por cada lado. El séptimo debía gritar y saltar detrás de la red para que el león, ya despierto y deslumbrado por la luz del día, lo atacase saltando directamente sobre la trampa. Sobre la fiera debíamos dar tantas vueltas a la red como fuera posible teniendo cuidado solamente de mantenernos alejados del alcance de sus fauces y de sus garras. Al ir a poner en práctica estas instrucciones nos dimos cuenta de que no era tan fácil como nos habían explicado.

Nos sentamos en el suelo a deliberar sobre quién iría a despertar de su sueño a la fiera. Barbus aconsejó que lo mejor sería darle un lanzazo en el trasero con el fin de irritarlo sin hacerle daño. El cazador de fieras manifestó que con gusto nos hubiera hecho ese favor, pero que sus piernas ya no tenían, a causa del reumatismo, la suficiente agilidad para afrontar aquel riesgo y que, por otra parte, no deseaba quitarnos el honor de hacerlo nosotros mismos.

Mis compañeros comenzaron a lanzarme miradas de soslayo y dijeron que por amistad me cedían el honor a mí. Después de todo, yo era el autor de la idea y también era yo el que les había instigado a jugar al rapto de las sabinas que inició toda nuestra aventura. Sintiendo en mi nariz el penetrante olor del león, les hice recordar a mis compañeros que yo era el único hijo de mi padre. Pensándolo bien, en realidad cinco de nosotros éramos hijos únicos. Esta circunstancia hizo más comprensible mi actitud. Uno tenía sólo hermanas y el

más joven de nosotros, Kharision, se apresuró a explicar que su hermano tartamudeaba y que, además, tenía otros defectos físicos.

El cazador de fieras se impacientó y propuso que calentásemos unas barras de hierro y que encendiésemos antorchas y que con el humo ahuyentásemos al león de su cueva. Pero los campesinos sirios se opusieron a este plan con firmeza alegando que la maleza, después de una larga sequía, estaba completamente reseca y el empleo del fuego podría provocar en los matorrales un incendio que se extendería hasta Antioquía y destruiría los cultivos y las aldeas.

Al ver que mis compañeros me apremiaban y que sería yo el que tendría que ir, quisiera o no, Barbus empinó el cántaro de vino, gritó con voz temblorosa invocando a Hércules y aseguró amarme más que a su propio hijo, aunque nunca tuvo un hijo propio. Dijo que aquella tarea era inadecuada para mí, pero que él, como viejo y veterano legionario, estaba dispuesto a arriesgarse e ir hasta la cueva para despertar al león. Si perdiera su vida en esta empresa por su mala vista y sus piernas ya débiles, sólo me pedía que le costeara una buena pira funeraria y que pronunciase un discurso en su memoria para que sus innumerables actos gloriosos llegasen a conocimiento de todo el pueblo. Con su muerte demostraría que todo lo que había contado de sus hazañas a través de los años era cierto, aunque fuera en parte.

Al ver que cogía una lanza y que verdaderamente se disponía a bajar, tambaleándose, por la escarpada pendiente, me enternecí, y los dos vertimos lágrimas abrazándonos con devoción. Yo no podía permitir que él, un hombre ya viejo, muriese por mí, por culpa de mi error. Así, le pedí que contase a mi padre que su hijo había muerto al menos con honbría y que esto lo compensara todo, considerando que siempre le había causado disgustos, de modo que hasta mi madre había muerto cuando yo nací y ahora, aunque sin mala intención, deshonraba su nombre en toda Antioquía.

Barbus me exigió que bebiera por lo menos un buen trago de vino, pues nada produce dolor si se tiene bastante vino en el estómago. Bebí e hice que mis compañeros jurasen que sostendrían con fuerza la red y que no la aflojarían por ningún concepto. Cogí la lanza con las dos manos, apreté los dientes y avancé a hurtadillas por el sendero del león, en dirección a su guarida. Con sus ronquidos resonándome en los oídos, divisé en una forma desdibujada su cuerpo tendido, le hincé con la lanza sin mirar bien en qué lugar, oí un rugido, di un grito y corrí hasta la red tan rápidamente como nunca lo había hecho ni siquiera en las competiciones del gimnasio. Mis compañeros, asustados, levantaron la red sin esperar a que yo pasara por encima de ella.

Cuando me debatía en sus mallas, con peligro de muerte, el león salió de su cueva, se acercó renqueando y quejumbroso y se detuvo a mirar con asombro cómo me revolcaba aprisionado en el aparejo de caza. Era tan enorme y su aspecto era tan terrible que mis compañeros no pudieron soportar su presencia, aflojaron la red, y salieron disparados y llorando. Por su parte, el cazador de fieras bramaba dando consejos y gritaba que la red debía ser arrojada sobre el león inmediatamente, antes de que sus ojos se acostumbraesen a la luz, pues de lo contrario podría tornarse peligroso.

Por su lado, Barbus gritaba exhortándome a mantener la calma y recordándome que era romano y del linaje de Manilio. Si yo llegaba a estar en peligro, él bajaría y mataría al león con su espada. Pero primero debía yo intentar cazarlo vivo. No sé cuál de los consejos me produjo mayor efecto, pero cuando mis compañeros soltaron la red me fue más fácil librarme de sus mallas. Sin embargo, su cobardía me enfureció tanto que, arrastrando la red, me puse a mirar a la fiera cara a cara. El león me observaba fijamente, con semblante majestuoso, indignado y ultrajado, quejándose lastimeramente y levantando la pata trasera de la que manaba sangre. Sosteniendo la red en alto y arrastrándola detrás de mí, puesto que

era muy pesada para un solo hombre, la arrojé sobre el león, que se abalanzó hacia mí y se enredó en ella cayéndose de costado. Lanzando unos rugidos terribles comenzó a revolcarse por el suelo y se envolvió él mismo en la red logrando alcanzarme sólo con un zarpazo. Experimenté su tremenda fuerza, pues volé a una gran distancia del lugar y caí de bruces. Esta circunstancia fue lo que con toda seguridad me salvó la vida. Barbus y el cazador de fieras daban gritos de júbilo. El cazador hundió en la tierra su horquilla de madera atrapando entre sus dos dientes la garganta del león, y Barbus pudo enlazar con su cuerda una de sus patas posteriores. Los campesinos sirios intentaron acudir en nuestra ayuda, pero les grité, los maldije y los rechacé exigiendo la presencia de mis cobardes compañeros para que ayudasen a atar a la fiera. De otro modo, todo nuestro proyecto se echaría a perder. Finalmente lo hicieron, aunque no pudieron librarse de algunos rasguños del león. El cazador de fieras aseguró las cuerdas y los nudos hasta que la bestia salvaje quedó atada tan fuertemente que apenas podía moverse. Mientras tanto, me senté en el suelo. Temblaba de rabia y estaba tan enfurecido que vomité entre mis rodillas.

Los campesinos sirios introdujeron un largo palo de madera entre las patas del león y se dispusieron a llevarlo a la aldea. Colgado del palo ya no parecía tan grande ni tan poderoso como cuando salió de su guarida a la luz del día. En realidad se trataba de un león viejo y debilitado, comido por las pulgas, de crines manchadas, y su boca entreabierta dejaba entrever unos dientes gastados.

Temí que al ser transportado a la aldea perdiese la vida estrangulado por las ligaduras.

Mi voz me traicionaba continuamente, pero a pesar de ello, tuve tiempo durante el viaje de exponer claramente a mis compañeros lo que pensaba de ellos y el concepto que tenía sobre la amistad de los cofrades. Dije que si había aprendido algo era que no se podía confiar en nadie cuando la vida

de uno corría peligro. Avergonzados por su comportamiento, se tragaron mi reproche, pero me hicieron recordar nuestro juramento de que diríamos que habíamos cazado el león juntos. El honor mayor me lo concedieron gustosos, pero enseñaron los rasguños de sus manos. Mostré mi propio brazo del que aún fluía la sangre de tal manera que las piernas se me iban debilitando y por fin llegamos a la conclusión de que en esta hazaña todos habíamos conseguido cicatrices que nos durarían para toda la vida.

Organizamos una fiesta en la aldea y realizamos ofrendas en honor al león después de haberlo encerrado, felizmente con vida, en una sólida jaula. Barbus y el cazador de fieras se embriagaron mientras las muchachas de la aldea danzaban en corro en nuestro honor y nos coronaban con guirnaldas. El día siguiente alquilamos una yunta de bueyes para transportar la jaula y, con escolta de honor y la corona al frente, nos pusimos en marcha hacia Antioquía cuidándonos especialmente de que unas vendas ensangrentadas cubriesen ostensiblemente las heridas recibidas en la lucha.

En la puerta de la ciudad, los guardias intentaron detenernos y quitarnos los caballos, pero el jefe era más inteligente y se ofreció a acompañarnos él mismo cuando le dijimos que íbamos a presentarnos voluntariamente en el Ayuntamiento. Dos guardias nos abrieron paso con sus garrotes, ya que, como siempre en Antioquía, la gente ociosa comenzó a agruparse cuando se extendió la noticia de que había ocurrido algo extraordinario. Primero, la muchedumbre nos lanzaba maldiciones y nos arrojaba bolas de estiércol y frutas podridas, pues rumores infundados y exagerados les hicieron creer que habíamos ofendido a todas las muchachas y a todos los dioses de la ciudad. Irritado por el alboroto y por los gritos de la multitud, nuestro león empezó a lanzar sordos rugidos y así siguió, como entusiasmado de oír su propia voz, de tal manera que nuestros caballos comenzaron a brincar nuevamente y a sudar y a resoplar con impaciencia. Es posible que el experto caza-

dor de fieras fuera el que provocó el aumento de los rugidos. Sea como sea, la indisciplinada y sobresaltada muchedumbre nos abrió paso sin mayores dificultades y algunas mujeres, al ver nuestros ensangrentados vendajes, comenzaron a proferir exclamaciones de ternura y a derramar abundantes lágrimas.

Quien haya visto alguna vez con sus propios ojos la gran ruta de Antioquía, de una legua de longitud, con sus interminables pórticos, comprenderá que nuestra comitiva, a medida que avanzaba, iba convirtiéndose más en marcha triunfal que en espectáculo deshonesto. No pasó mucho tiempo sin que la multitud, sensiblemente conmovida, comenzara a arrojar flores ante nuestro paso. Jóvenes como éramos, nuestro amor propio se vio tan halagado que al aproximarnos al Ayuntamiento nos sentíamos más héroes que delincuentes.

Las autoridades nos permitieron primero que regaláramos el león a la ciudad y después que lo consagrásemos a Júpiter protector, al que en Antioquía se llama Baal. Más tarde nos condujeron ante los jueces del tribunal de crímenes. Pero un renombrado jurista pagado por mi padre ya había mantenido negociaciones con ellos y, por otra parte, mi presentación voluntaria impresionó profundamente a los jueces.

Como primera medida, el jurista exigió que se concediera una prórroga para la aclaración del caso. En segundo lugar, negó competencia al tribunal para entender en la causa demostrando que se trataba de un simple litigio, pero de ninguna manera de un delito. En tercer término, se remitió al oráculo de Dafne como autoridad decisiva y superior con respecto al tratamiento de cuestiones de ceremonias religiosas antiguas y de las ofensas de que pudieran ser objeto. A su juicio, no se había presentado ninguna prueba contundente del hecho, sino solamente unos chismes.

Al oír aquella voz que infundía respeto, nos sentimos amparados. Ni siquiera se nos mandó a la cárcel, sino que todos pudimos volver a nuestros hogares para cuidar de las heridas recibidas. Sin consideración nos quitaron los caballos, esto

no pudo evitarse, y oímos duras palabras sobre la indisciplina de la juventud y sobre lo que podía esperarse del porvenir cuando los hijos de las mejores familias de la ciudad daban tan malos ejemplos al pueblo, y lo diferente que había sido todo cuando nuestros padres y nuestros abuelos eran jóvenes.

Al volver a casa en compañía de Barbus vimos que de la puerta pendía una guirnalda de luto, y nadie quiso ser el primero en dirigirnos la palabra, ni siquiera Sofronia. Finalmente, rompiendo en llanto, ésta nos contó que mi preceptor Timaios había pedido la noche anterior una cuba de agua caliente y se había abierto las venas en su habitación. Lo encontraron sin vida por la mañana. Mi padre se había encerrado en su cuarto y no consintió en recibir ni siquiera a sus libertos que habían ido a verlo con la intención de consolarlo.

En realidad, nadie quería al regañón y rencoroso Timaios para el que nunca nada estaba bien, pero la muerte es siempre la muerte y yo no podía desembarazarme de mi culpabilidad. Después de todo, había golpeado a mi preceptor y mi conducta le produjo la deshonra. El terror me invadió, me olvidé de que había mirado cara a cara al mismo león y mi primer pensamiento fue huir para siempre de la casa de mi padre, irme a los mares, meterme a gladiador o a mercenario en la más alejada legión romana, en tierras inhóspitas o en la cálida frontera de Partia. Pero no podía huir de la ciudad sin ir a parar a la cárcel y por ello se me ocurrió, impedido por mi arrogancia, cometer el mismo acto que Timaios y de este modo liberar a mi padre de toda responsabilidad y de mi molesta presencia.

También Barbus estaba muy asustado, pero dijo:

—Minuto, cuando todo está perdido y ya no queda ninguna esperanza es mejor coger el toro por las astas.

—Muéstrame el toro —le repliqué, enfadado.

Me explicó que hablaba en sentido figurado. Él creía que yo debía presentarme ante mi padre, con coraje y sin pérdida de tiempo.

—Si tienes miedo —dijo—, iré yo primero para que descargue conmigo sus peores iras. Al menos le contaré cómo con tus manos apresaste a un león furioso. Si tiene un mínimo de sentimientos paternales, eso tendrá que sosegarlo.

Examiné el asunto.

—Si hay que ir, iré —decidí por fin—. Tú eres mi preceptor tanto como Timaios. Ya es suficiente que ese miserable estoico se haya quitado la vida por mí. Mi padre amargaría tanto tu espíritu que te arrojarías contra tu propia espada, y eso no sería razonable. Además, mi padre no cree ni la mitad de lo que cuentas y no tengo intención de hablarle ni una sola palabra del león si él no me pregunta dónde he estado.

—Si yo fuese tu padre —supuso Barbus—, con toda probabilidad ordenaría que te azotaran severamente y después haría por ti todo lo que estuviese a mi alcance. En realidad, es injusto que tu padre no te haya azotado nunca. Acuérdate de tener un trozo de cuero entre los dientes y piensa en las gloriosas cicatrices de tu espalda.

Me abrazó con ternura y se preparó a recoger las pocas cosas que tenía, ya que estaba seguro de que mi padre lo echaría de casa.

Pero mi padre me recibió de una manera completamente diferente de la que yo había pensado. Esto tendría que haberlo previsto, puesto que por lo general no se comportaba como la mayoría de la gente. Desvelado y lloroso, se arrojó hacia mí, me abrazó, me apretó fuertemente contra su pecho, besó mis mejillas y mis cabellos y me meció en sus brazos. De esta manera, con tanta ternura, no me había tratado nunca. Cuando yo era pequeño y echaba de menos sus caricias, nunca había querido tocarme ni mirarme siquiera.

—Mi querido Minuto —susurró—, temía haberte perdido para siempre. Creía que habías huido con ese veterano borracho hasta el fin del mundo, pues incluso habíais cogido dinero. No te importe Timaios. Sólo deseaba vengarse de su destino de esclavo y de su mal construida filosofía. En el mundo

no sucede nada tan malo que no pueda perdonarse y arreglarse de alguna manera.

Agregó todavía:

—¡Oh, Minuto! No puedo ser preceptor de nadie, puesto que no he sabido educarme a mí mismo. Pero tú posees la frente de tu madre y los ojos de tu madre y la corta y recta nariz de tu madre y hasta tienes la hermosa boca de tu madre. ¿Podrás perdonar alguna vez la dureza de mi corazón y toda la negligencia que he observado hacia ti?

Su incomprensible ternura hizo que me enterneciera yo también y me puse a llorar como un chiquillo, aunque ya tenía quince años. Me arrojé a los pies de mi padre, abracé sus rodillas y le rogué que me perdonara por la gran deshonra que le había causado y le prometí mejorar mi conducta, si aún esta vez podía ser digno de perdón. Pero mi padre cayó también de rodillas frente a mí y me abrazó y me besó, de modo que competíamos en pedirnos mutuamente perdón. El alivio que experimenté fue tan inmenso, tan profundo, que cuando mi padre quiso tomar sobre sí la responsabilidad de la muerte de Timaíos, como también mi propia culpabilidad, lloré más aún a viva voz.

Al oír mi llanto, Barbus ya no pudo contenerse. Con un ruido sordo de armaduras se introdujo en la habitación con la espada desenvainada y con el escudo al brazo creyendo que mi padre me estaba azotando. Detrás de él se precipitó Sofronia, llorando a gritos, me arrancó a la fuerza de las garras de mi padre y me encerró entre sus gruesos brazos, en actitud protectora. Tanto ella como Barbus se pusieron a pedir a mi padre que les pegara a ellos, que eran los culpables, y no a mí. Después de todo, dijeron, aún era un niño y no había querido hacer nada malo con mis inocentes burlas.

Mi padre se confundió, se puso de pie rápidamente y aseguró enfurecido que él no me había pegado. Viendo su estado de ánimo, Barbus invocó en alta voz a los dioses de Roma jurando arrojarle contra su propia espada para expiar su cul-

pa en la misma forma que Timaios. Se entusiasmó de tal manera en su afirmación que es muy probable que se hubiera herido de verdad si los tres, mi padre, Sofronia y yo, uniendo nuestras fuerzas, no hubiésemos conseguido arrebatarle la espada y el escudo. Lo que no comprendí es qué hacía con el escudo. Más tarde me explicó que temía que mi padre le golpease en la cabeza y que ésta era tan vieja que ya no soportaría tan bien los malos golpes como en otros tiempos, en Armenia.

Mi padre ordenó a Sofronia que hiciera comprar carne de la mejor y que preparase un banquete, pues seguramente tendríamos hambre después de nuestra escapada, y que él mismo no había probado bocado desde que se dio cuenta de que yo había abandonado el hogar y también por haber fracasado completamente como educador de su propio hijo. Mandó además llamar a los libertos que vivían en la ciudad para que tomaran parte en la comida, pues todos habían estado muy preocupados por mi suerte.

Con sus propias manos mi padre lavó mis heridas, las untó con un unguento y las cubrió con vendajes de lino, aunque yo hubiese preferido llevar aún algún tiempo más las vendas ensangrentadas. Barbus tuvo oportunidad de hablar del león en forma que mi padre se ensombreció y se acusó a sí mismo aún más porque su hijo fuese a buscar la muerte de las fauces del león antes que confiarse a su padre para arreglar su travesura infantil.

Finalmente Barbus sintió sed de tanto hablar y se marchó. Cuando me quedé a solas con mi padre, su semblante se tornó grave y dijo que tenía que charlar conmigo sobre mi futuro porque muy pronto tendría yo que vestir la toga viril. Pero le era difícil hallar las palabras y comenzar, puesto que nunca había hablado conmigo de padre a hijo. Me miraba con ojos inquietos, tratando de buscar inútilmente en su mente las palabras con las cuales podría penetrar en mi interior.

Yo también lo observaba, y vi que su pelo ya no era tan

tupido como antes y que en sus facciones se dibujaban profundas arrugas. Mi padre ya estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y a mis ojos parecía un hombre solitario y en decadencia que no sabía gozar de la vida ni de las riquezas de sus libertos. Observé sus rollos de libros y por vez primera me vino a la mente que en su habitación no había ni una sola imagen sagrada, ni siquiera una del genio protector. Recordé las maliciosas acusaciones de Timaios.

—Padre Marco —dije—, mi preceptor Timaios, antes de su muerte, pronunció contra ti y contra mí y contra mi madre palabras llenas de mala intención. Solamente por eso lo golpeé en plena boca. No deseo defenderme de mi mala acción, pero cuéntame por una vez algo de mi madre y de ti. Tengo derecho a saberlo todo, aunque se tratase de algo malo. Si no, ¿cómo podría cuidar de mí y de mis actos cuando sea hombre?

Mi padre se inquietó, se frotó las manos y evitó mi mirada. Con algunos rodeos, dijo:

—Tu madre murió al darte a luz, y esto no pude perdonártelo a ti ni a mí mismo hasta el día de hoy en que te he visto a imagen y semejanza de tu madre, aunque eres más ancho de hombros que ella. Solamente ante el temor de perderte recuperaré mi juicio y comprendí que, al fin y al cabo, lo único de digno que tenía en la vida eras tú, hijo mío.

—¿Era mi madre bailarina, una mujer frívola y una esclava, como me afirmó Timaios con malicia? —pregunté directamente.

Mi padre se excitó y exclamó:

—¡No pronuncies siquiera esas palabras, Minuto! Tu madre fue la más honorable mujer entre todas las que había conocido, y no fue esclava, aunque rindió culto a Apolo algún tiempo. Con ella peregriné una vez a Galilea y a Jerusalén en busca del rey de los judíos y de su Reino.

Sus palabras confirmaron mis terribles sospechas. Con voz temblorosa, dije: